

CHRISTOPHE CARLIER

**SALUDOS**  
*nada*  
**CORDIALES**

*Traducción:*

ISABEL GONZÁLEZ-GALLARZA



MAEVA

Estimados lectores,

En MAEVA siempre nos gusta sorprender con nuestras propuestas, y estamos convencidos de que con *Saludos nada cordiales*, lo vamos a conseguir.

Se trata de una novela breve, sutil e impactante, una pequeña joya literaria que encaja en las tendencias *cozy mystery* e *island noir*, del escritor francés y doctor en Literatura **Christophe Carlier**.

Cuando el otoño llega a la isla y el cartero de toda la vida, Gabriel, empieza a entregar cartas anónimas a los habitantes, también de toda la vida, el mundo se pone patas arriba.

La mayoría de las veces se trata de postales con alusiones traicioneras a defectos o pequeños secretos de los isleños, que, a pesar de su irrelevancia, siembran primero ansiedad, luego desconcierto y, a continuación, auténtica paranoia. Algunos evitan pasar cerca del edificio de correos, a los niños no se les permite salir a la calle cuando oscurece, en el bar de la isla no se habla de otra cosa y, mientras tanto, otros se disgustan por no haber recibido ninguna misiva anónima.

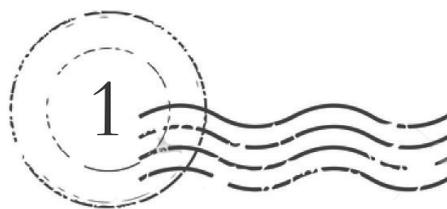
Según la prestigiosa revista *La Quinzaine Littéraire*, se trata «de un mundo que recuerda a la obra de George Simenon, con protagonistas poco sofisticados cuya calma y discreción esconden un enorme potencial destructivo», y de «una breve novela psicológica que nos recuerda que el barniz del civismo es frágil y que la violencia no tiene por qué ser necesariamente escandalosa».

Esperamos haber despertado vuestra curiosidad...

La editora

I





**E**l cartero sufría artrosis, y, como su mal empeoraba con el paso del tiempo, el correo llegaba a la isla cada vez más tarde. Aquellos que, unos años antes, le preparaban un café cuando oían a lo lejos el timbre de su bicicleta, ahora ya no lo esperaban hasta el aperitivo. No es que les importara, al contrario, la hora de reparto del correo no interesa a casi nadie. Nadie envía ya cartas de amor, y las facturas llegan siempre demasiado pronto.

Los isleños tenían buen fondo. ¿Cómo enfadarse con alguien que era obvio que se movía con dificultad? Además, Gabriel era un hombre entregado a su trabajo. Los años, que erosionaban su puntualidad, no habían mermando su rigor: tenía con su bolsa de cartas los mismos miramientos que un mago con su baúl de los tesoros. La sola idea de que una simple postal pudiera caerse en la cuneta le llenaba los ojos de lágrimas, sobre todo si el viento le azotaba el rostro.

Los días malos, cuando le dolían las articulaciones, y cada pedalada le arrancaba un quejido, se animaba pensando que quizá una de sus cartas hiciera feliz a su destinatario. Pues esta era su ambición oculta: dejar en el buzón, con un gesto indolente de sembrador acostumbrado a los azares de la vida, una de esas cartas que se guardan en un álbum y que al final de la vida se enseñan a los nietos, murmurando:

—Y, un buen día, recibí esta respuesta...

Gabriel procuraba no pensar en las cartas siniestras, los análisis médicos, las notificaciones del fisco y las notas de pésame, con su ribete negro y su halo de tristeza. Su imaginación se bloqueaba ante el tedioso lote de lúgubres obligaciones que nos carcomen la vida día a día.

Que nadie lo tomara, sin embargo, por uno de esos carteros sentimentales a quienes solo conmueven las cartas de amor. Apreciaba también las de los niños o los ancianos, de caligrafía tan distinta. La primera, redonda y vacilante, muestra su mejor versión al copiar en el sobre, siempre descentrada, la dirección del destinatario. La segunda, deformada por años de correspondencia, se inclina vertiginosamente hacia la derecha, atraída ya por la sombra postrera que acecha al final del renglón.

Gabriel, hombre de buen corazón, nunca concluía su ronda sin dedicar un pensamiento a quienes, tras su paso, no encontrarían nada en el buzón. En las islas el silencio puede ser terrible. ¿Qué cartero repartirá jamás las cartas no escritas?



La primera misiva llegó el 13 de octubre, que no caía en martes. Supuso un acontecimiento únicamente para Théodore, que vivía solo y nunca recibía correo. Pensando que contenía una buena noticia, abrió el sobre con curiosidad y sacó una tarjeta postal en cuyo reverso había escritas dos frases.

Tras leerlas, rompió la inoportuna misiva, por lo que ninguno de sus allegados sospechó nunca su existencia. No se habla de una carta así. Si le hubieran preguntado, Théodore habría negado haberla recibido, pero pasó horas rumiando quién sería el remitente.

Lavada por la lluvia y azotada por el viento: así era la isla. Sin hallarse en exceso mar adentro, ofrecía no obstante un paisaje de último rincón del mundo. Arrecifes, acantilados y crestas de espuma. No hacía falta más para forjar el cuerpo y templar el carácter. En la isla se nacía, se vivía y, si se la abandonaba, se regresaba al menos para el descanso eterno. Albergaba por ello menos vivos que muertos, cuyos gemidos oían, las tardes de viento, las almas inquietas.

La segunda misiva la trajo Gabriel al declinar el día. Era una tarde en la que, debido al tiempo húmedo y al suelo reblandecido, se le habían resentido las articulaciones. El sobre, entregado en el crepúsculo, olía a resentimiento y denuncia. Rugía la tormenta a lo lejos, y Firmine, que lo abrió sin temblar, leyó su contenido bajo un cielo surcado de relámpagos. Aguardó unos instantes, conteniendo la respiración, a oír el estruendo del trueno, que estalló nada más devolver la tarjeta a su sobre.

¿De modo que alguien se la tenía jurada? Guiñó varias veces los ojos redondos y saltones, y conservó unos días una expresión meditabunda y perpleja. Fue entonces cuando adquirió la costumbre de apretar el paso al cruzar la plaza donde se levantaba la oficina de correos.

En la isla las calles eran estrechas, y las casas, bajas, con los tejados inclinados y pocas ventanas. Casitas de muñecas. En esa roca en medio del mar, los isleños, cuya mirada se perdía en el horizonte el día entero, tenían el lujo de la austeridad. Descansaban en habitaciones monacales, en las que se entraba agachando la cabeza para no darse con el dintel.

Cuando Léocadie recibió la tercera misiva, no sabía nada de las dos anteriores. Al dirigírsela, el autor anónimo salió en parte de las sombras, ya fuera a propósito o por descuido. Hasta entonces había accionado la doble palanca de la falta y la vergüenza, la cual aseguraba que la mecánica funcionara perfectamente: los destinatarios de sus misivas se habían abstenido de comentarlas. Léocadie, sin embargo, no tenía vergüenza ninguna.

Al día siguiente, en La Marine, el bar del pueblo, mientras Gaétan ironizaba sobre la isla, esa roca arrojada en medio del mar y abastecida por una mano anónima, Léocadie exclamó, con una miradita de reojo, que de repente eran dos las manos anónimas que ejercían su dominio en la isla.

Los parroquianos callaron.

—Ayer recibí una tarjeta cuyo remitente no se dignó firmar —declaró, segura del efecto de sus palabras—. Pero no puede ser un desconocido, pues el matasellos es de aquí de la isla.

El más audaz se atrevió a preguntar si la misiva contenía amenazas.

—No —contestó la autorizada, con una sonrisa dulce—, solo acusaciones.

Los presentes encajaron el golpe y se marcharon, satisfechos o consternados, a difundir la noticia a los cuatro vientos, convencidos de que no habrían de esperar mucho para conocer el desenlace.

La impresión que se tiene en todas partes en la isla es la de hallarse en el último rincón del mundo, allí donde acaba la tierra. Como si el suelo se hundiera, carcomido por las olas, y fuera uno el último en mantenerse en pie, zarandeado por el viento, hasta caer.

La cuarta misiva señaló a Pierre, el taciturno, el cual, entrando un día en La Marine, la blandió sin una palabra, antes de guardársela de nuevo en el bolsillo. Los parroquianos, que no habían tenido tiempo de leerla,

intercambiaron miradas perplejas. Cada cual esperaba que el vecino hiciera la pregunta que a todos les quemaba en los labios.

Caía la tarde. El cielo estaba carmesí. Encogiéndose de hombros, Pierre apuró su copa y salió con paso tranquilo. No parecía afectado por la misiva, pero, en cuanto hubo cerrado la puerta y pese a tenerlo en gran estima, los presentes sucumbieron a un tenebroso deseo de maledicencia.

En los campos revoloteaban los cuervos, esos pájaros de mal agüero, más arrogantes que de costumbre, lanzando gritos de triunfo a diestro y siniestro. Parecían presentir la hora de su advenimiento.



Los isleños no gustaban de acusar a nadie, pero brotaron algunos nombres aquí y allá en las conversaciones. Apenas avanzaban una hipótesis, se retractaban, algo avergonzados, no sin adivinar que algún poso quedaría. No tardó en imponerse una regla: mejor evitar los silencios, pues, en cuanto se apagaban las voces, el último en hablar resultaba sospechoso.

Su nombre es Thomas, pero todos lo llaman Tom. Ha crecido en la isla. Tiene poco más de veinte años, un jersey marinero, pecas y un flequillo rubio que le tapa los ojos. Un verano frecuentó a una mujer cuyo marido, dueño de una bonita casa junto a la playa, no se marchó con ella de vacaciones. Tom iba a verla al caer la tarde. Dos o tres noches creyó en su buena estrella al quedarse dormido junto a ese cuerpo desconocido.

Las muchachas de la isla lo acusaron de traición. Entonces pasó a ser Tommy. Ay de él, la buena estrella solo le duró un verano. Cuando se cruza con ella, la mujer ya no parece querer reconocerlo. Como si su aventura nunca hubiera ocurrido.

A Tommy no le dura ningún trabajo, y mata el aburrimiento dando vueltas en moto por la isla. La vida se le va

por mal camino. Cuenta historias que nadie cree, pues cada una desmiente la anterior. Mira el mundo con ojos vacíos. Se le imaginan, detrás del flequillo, ideas retorcidas.

Ideas tales como ver en las misivas una segunda oportunidad, una ocasión de cambiar el destino, que no le ha dado lo que merece. Si es él el autor anónimo, pronto se sabrá, piensan algunos. Tommy acabará confesándolo. ¿Cómo podría guardar un secreto así?

No es Tommy el único que suscita recelo. Irène, viuda de un pescador, vive apartada del pueblo, en una casa que despide un olor agrio. Suele mostrar una expresión ausente. Habla sola. De vez en cuando dice, con una voz demasiado dulce, algo así como que cualquier tiempo pasado fue mejor, pero en sus labios esas palabras resuenan con un eco inquietante. Su nostalgia tiene aires de rencor.

Lleva una patilla de las gafas ligeramente torcida, de manera que parece que inclinara la cabeza hacia un lado, lo que le da un aspecto estrábico a toda su silueta. No se le conoce familia. La edad, la locura o la pobreza la han alejado de los demás, algo de lo que nadie se considera responsable. Podría enviar tarjetas anónimas, tan atravesadas y tan absurdas como su manera de mirar, siempre al bies.

Adèle es una lianta y una chismosa, una trapisondista a la que entusiasman las disputas entre vecinos, la política local y la delimitación de las propiedades. La gente teme su cháchara incesante, cuando se la cruza, cesta en mano, camino del mercado. Te saluda con aire aliviado cada vez que se encuentra contigo: precisamente quería verte, y te

suelta un discurso sin fin hecho de enigmas, apretándote el brazo con gesto febril para responder a una objeción que no le habías hecho.

¿Cómo sabe que los dos hijos de esa mujer elegante no son de su marido, o que esa pareja que pasea a un setter irlandés por el espigón se ha divorciado hace unos meses por motivos fiscales?

Al pasar por tu casa, repara en un olor a humedad y llama a tu puerta para señalarte la gotera.

—¿De verdad no nota el olor?

Te observa como si mintieras. Tanto que acabas sintiéndote incómodo.

Un día se lamentó delante de varias personas de que había envejecido y se había vuelto fea. Nadie dijo nada, ni siquiera una mentira piadosa, que es lo que se suele hacer en estos casos. A falta de interlocutores bien podría haberse las con sus vecinos de ahora o sus enemigos de siempre por medio de la pluma.

¿Es, pues, Adèle la autora de los anónimos? Un detalle podría, sin embargo, descartarla: la concisión no va con ella. Cuadraría más con su carácter redactar libelos o dedicar páginas y páginas a criticar cualquier minucia.

—Si los anónimos no son obra suya —bromea alguno—, estará furiosa de que le hayan robado la idea. Igual va y presenta una queja en el ayuntamiento.

En La Marine los parroquianos pasan un buen rato a su costa, conscientes de que se exculpan a sí mismos al destruirla a ella.

La asistencia guarda silencio. Una mujer de cierta edad ha escuchado la conversación sin tomar parte en ella. Es

Marge, a la que todos conocen y cuya opinión desearían saber. No dice palabra, y nadie trata de sonsacarla.

En La Marine es de los pocos clientes a los que no se tutea, y la única que toma té. Su padre tenía cierto renombre en la isla. Murió joven y, por ese mismo motivo, con un halo de gloria. Marge es vecina de un bonito barrio del pueblo, donde viven también Émilie, su amiga de toda la vida, y Gislaine, a la que no se le conocen enemigos. Es el barrio de las casas elegantes. Las más recientes, las de los veraneantes, se yerguen junto a las playas o en la cornisa.

Los parroquianos se despiden afirmando que, aunque es obvio que al autor anónimo le sobra el tiempo, un buen día acabará por cansarse; además, su perfidia no interesa a nadie.